

se con una habilidad y ligereza sorprendentes, huyendo los golpes que le descargaba la aragonesa, logró cansarla ó disminuir su vigor.

Entónces no esperó mas: lanzando una maldicion horrible, se precipitó sobre la monja y rápida como el rayo le sepultó en la garganta las tijeras rompiéndole la yugular.

Un torrente de sangre se desató por la herida y Sor Bárbara cayó moribunda en las baldosas.

La tornera vió con horror aquella escena de sangre, sacudió sus hábitos manchados y se marchó á encerrar á su celda.

En aquel momento penetró la abadesa en el patio y se encontró con Sor Refugio y la aragonesa tendidas en el suelo y ensangrentadas.

CAPÍTULO XXIV.

DOS GENIOS.

I.

La noche de ese dia memorable en que Hidalgo fué proclamado generalísimo del ejército independiente, se presentó en su alojamiento un hombre de alta estatura, grueso, de ojos centellantes bajo el arco de la frente que dejaba ver un pañuelo blanco que le cubria la cabeza; sus cejas eran pobladas, su nariz recta y un tanto alzada en la extremidad, sus labios delgados, los carrillos gruesos, y no llevaba barba alguna, lo que indicaba que pertenecía á la categoría eclesiástica.

Aquel personaje revelaba una comprension admirable, y es que el genio se trasparenta como el sol tras los vapores atmosféricos.

Ese hombre tocaba aquella noche memorable á las puertas de la inmortalidad.

—Señor cura Hidalgo, decia con voz vibrante, quiero ser algo que abarque todo vuestro ejército, seré el capellan de vuestros soldados.

—A qué engañarnos, señor cura Morelos, hace muchos años que estamos en una perfecta intimidad, os conozco desde los primeros días de mi juventud, que hemos pasado juntos en san Nicolas, conozco vuestra capacidad y alcanzo hasta donde llega el claro talento que os distingue.

—Mucho me favorece vuestra opinion, señor Hidalgo.

—Vos no habeis nacido para servir como una persona secundaria en la revolucion; vuestro genio os llama á una posicion mas alta, mas digna.

Morelos tenia su mirada fija en el semblante del anciano.

—Tratais de ocultarme vuestros designios, pero yo los adivino al traves de vuestros ojos, de vuestra frente: hablad, comunicaos conmigo!

—Señor cura Hidalgo, ante vuestra grandeza voy á abrir mi corazón.

—Sea de una vez, exclamó Hidalgo.

—Dormia tranquilo en el silencio de mi curato, en esa calma terrible que hace tres siglos pesa como la losa de la tumba sobre nuestra existencia, cuando me despertó el grito solemne de libertad lanzado por vuestra boca la noche memorable del 15 de setiembre. Creí sentir bajo mis piés moverse las cenizas de mis mayores, como lavas de un volcan cuya erupcion comenzaba en aquellos momentos.

Tres siglos de esclavitud se borraban de la memoria como si la mano de Dios hubiera pasado por mi cerebro; creí ver alzarse los templos, subir las deidades á las aras de donde fueron arrancadas por las manos brutales de los conquistadores, me parecia que la hora de la venganza habia sonado, que la vindicacion de una raza era señalada por el destino, y que las cadenas que nos atan aún en el mundo antiguo, crujian azotadas por el oceano y estaban próximas á romperse.... que la América quemaba á su vez las naves, como Hernan Cortes!

—Muy bien, dijo Hidalgo, continuad, estais en mi pensamiento.

—Mi corazón, dijo Morelos, se sintió conmovido en una palpitacion de fiebre y de entusiasmo, me entré en la iglesia envuelto en los pliegues de mi manteo, temiendo que una mirada pudiera encontrar en mi semblante lo que pasaba en el fondo de mi pecho.... Entregado allí á la contemplacion de mis pensamientos, delante de mi conciencia que se erige en tribunal implacable de mis acciones, oí la voz de mi destino, sentí algo que me impulsaba desde lo mas íntimo de mi alma, hácia un torrente cuya primera ola sois vos, hácia esta tempestad cuyo primer relámpago es vuestro genio y cuyo primer trueno es vuestra voz!.... Estónce abandoné aquellas vestiduras del culto cristiano, evoqué mis memorias juveniles cuando en las expansiones de mis esperanzas, me soñaba soldado y gladiador; porque yo he soñado en las horas ardientes de mi edad, cuando oía los hechos de los antiguos, esas tradiciones guerreras elevadas á la fábula y transmitidas á nosotros en los cantos inmortales de la Iliada, que mi pecho se ceñía una coraza, que mis sienes sostenian un casco y mi mano el acero de los conquistadores, y oía el grito de los combatientes, y el ruido de los parches y el clamoreo de la victoria!.... Todas aquellas ilusiones se apagaron en las sombras de la iglesia y desaparecieron ante lo místico de la tribuna religiosa, para producirse candentes en la hora de la revolucion. Sí, aquí estoy, el hombre de la juventud renace, el vigor de mis años me devuelve el ardor de los primeros días, quiero pelear, combatir, llevar ejércitos á la arena de los combates, atravesar el suelo de América en la conquista de sus libertades, morir como los héroes!

Hidalgo se arrojó en los brazos de aquel hombre, empapado en el espíritu de tan gigante revolucion.

—Vos, señor Hidalgo, habeis galvanizado á una raza entregada al letargo de la esclavitud, poseeis el genio; pero vuestra idea, vuestra grande idea, la habeis velado como las diosas antiguas, y es necesario huir de los misterios; el tiempo de los

oráculos ha pasado, la luz de la verdad debe resplandecer como la mirada de Dios!----- Habéis proclamado solamente la separación de la Península para no caer en poder de la Europa, y ese no es el pensamiento.

—No, no lo es, dijo Hidalgo, pero en el primer momento de la revolución, yo debía invocar el principio popular, después llevaría al pueblo á su destino; ya nada temo, y proclamo la idea, la sola idea de la independencia; la revolución ha cambiado en la palabra para ir á su destino; ella sola se ha salvado, nadie piensa en que la Europa se acordase de imponernos su yugo, sino de librarnos de la cadena que ata los dos mundos. Me habéis visto apresar á los europeos, para matar el elemento conquistador y entorpecer la reacción que aun puede surgir al volver en sí de este rudo golpe; ya nadie puede engañarse, las mismas ideas que me imputan nuestros enemigos, revelan á conquistados y conquistadores, que la hora de la emancipación ha sonado; yo sabía bien que los elementos del gobierno colonial se desencadenarían como una tormenta sobre mí; pero mi espíritu fuerte en ese choque terrible, sufriría como una roca el embate de las pasiones, que se estrellarían á mis pies!----- Señor cura Morelos, la serenidad de mi alma ha amenazado enturbiarse ante la calumnia, se me presenta como á un monstruo que he abjurado hasta de mis creencias religiosas, cuando ellas son las que me han impulsado á la revolución; yo sé, y lo he repetido á mis compañeros, á esos jóvenes valientes y generosos que han compartido los peligros conmigo, que los autores de una obra tan grandiosa como esta, no ven nunca el fruto de sus afanes----- yo percibo la muerte al través de la luz que circunda al pueblo en su victoria, y como vos he deseado y quiero ardientemente la muerte de los héroes; la vulgaridad me asusta; la agonía, rodeado de mis feligreses en el humilde curato de Dolores, era la desaparición en las tinieblas, nada dejaba tras de mí, sino unos árboles plantados por mi mano que se desgajarían mas tarde al golpe de un rayo

ó al hacha del leñador----- hoy me siento satisfecho, mi nombre perpetuará la idea de la independencia de mi patria; si muero, será esta revolución un ensayo desgraciado, la primera arteria que sangra de ese cuerpo que se alzará del polvo para erigirse en juez de tres siglos pasados en las cenizas abrasadas de la conquista!-----

El cura Morelos admiraba desde el fondo de su inteligencia al anciano de Dolores, y lleno de un entusiasmo fanático por aquel hombre extraordinario, le dijo:

—Señor Hidalgo, yo quiero ser vuestro soldado y seguir vuestra bandera, mi espíritu se agita inspirado por vuestras palabras, me comunicáis la fé de vuestro pensamiento y me lleváis mas adelante aún que mi imaginación.

—Señor cura Morelos, vos no debéis confundiros en el mar inquieto de mi ejército, eso sería oscureceros y yo quiero dejaros libre en el camino que el genio abre delante de vos, como la senda que conduce á vuestro destino----- Sereis soldado, pero soldado de la patria; id, marchad, el territorio es grande, el campo vuestro, formad un ejército que os siga, cien mil hombres toman sombra bajo nuestra bandera, tomad los que queráis, recorred las costas del Pacífico, apoderaos de las ciudades y fortalezas y realizad la predestinación de vuestro genio!

Levantóse Morelos con aquella inspiración que no le abandonó ni en los momentos pavorosos del suplicio, y dijo á Hidalgo:

—Señor general, necesitáis de vuestros hombres para combatir, la capital os aguarda y tendréis que librar mas de un combate antes de llegar á sus puertas; yo marchó solo, enteramente solo: la idea invocada es suficiente para improvisar ejércitos, todo me lo prometo del patriotismo de los mexicanos----- dentro de algunos días, esa bandera santa será saludada por mí en el campo de batalla----- Adios, si vuestros temores se realizan, entraremos tranquilos en el pavoroso silencio de la tumba, con la frente descubierta y la mirada en ese Dios que con un soplo ha

encendido en nuestras almas la fé del patriotismo y la llama inextinguible de la esperanza, que recorre como un sol del cielo del porvenir.

—Adios, dijo Hidalgo y estrechando por última vez á Morelos, se separaron para reunirse tras ese velo azul que se abre para dar paso á los mártires y á los héroes.

Aquellos dos gigantes no cabian sobre el mismo pedestal.

Brillan como dos astros en el horizonte, caminando juntos á su zenit ascendiendo por el arco luminoso de la esfera para caer mas tarde en el inmenso sepulcro del ocaso.

II.

El cura Morelos partió solo á las regiones abrasadas del Sur, y como lo habia pronosticado, se encontraba á poco tiempo al frente de un ejército y alcanzando empresas dignas de los caballeros de la edad media.

—*Ese hombre debia haber sido mi soldado*, dijo el desterrado de Santa Elena.

Lord Wellington, el hombre de Waterloo, el que habia encadenado á una roca de los mares del Africa al aventurero de las Pirámides, al saber los detalles del sitio de Cuautla, rindió á Morelos un homenaje de admiracion como el genio de la política y de la guerra!

CAPITULO XXV.

SACERDOTE Y CAUDILLO.

I.

El ejército de Hidalgo caminaba sobre un campo de victoria, recibiendo las ovaciones de un pueblo que veia en él al genio de la libertad.

Los hombres del 15 de setiembre caminaban al frente de la multitud, guiándola siempre á la arena de la lucha y cosechando siempre los laureles de la victoria.

El ejército realista parado al borde de una horrenda sima, se defenderia hasta el último momento.

Don Torcuato Trujillo fué nombrado por Venegas jefe de la expedicion que debia ir al encuentro de Hidalgo.

La demencia humana señalaba á aquel miserable como la víctima expiatoria de la jornada.

Don Agustin de Iturbide solicitó pertenecer á la division y fué entre la turba realista á compartir el amargo brebaje de la derrota.